

## DISCURSO DE LA ACADEMICA NIEVES A. DE LARROBLA

Señor Presidente de la Academia Nacional de Letras,  
señores Académicos,  
señores miembros de las comisiones académicas,  
señoras, señores:

Corrían los primeros años del cincuenta, cuando empezó a funcionar el Instituto de Profesores, creado según la inspiración de su fundador, el Dr. Antonio Grompone.

Éste, ya con larga experiencia pedagógica, visitó expresamente las principales universidades de Estados Unidos y Europa y luego de dicho viaje, presentó su proyecto a las autoridades, proyecto que en nada se parecía a lo que había visto: un establecimiento de enseñanza superior, a nivel universitario, pero totalmente independiente de la Universidad, y cuya labor específica era la formación sistemática de profesores de Enseñanza Secundaria.

Era la primera vez que se proyectaba un aparato como un todo orgánico para cumplir estos fines, diferente aunque no ajeno a anteriores experiencias, y con él se pretendía alcanzarlos cabal y concienzudamente.

No fue tarea fácil convencer a las autoridades acerca de múltiples aspectos nuevos del plan, ni de las condiciones de ingreso por concurso de los alumnos, ni de la rigurosa selección de los profesores, con que se pretendía eludir, quizá, viejos defectos de las designaciones docentes.

Y mucho fervor debió gastar el que luego fuera su ilustre Director, muchos afanes y contrariedades, para lograr, por último el funcionamiento de esta compleja máquina, de tan ambiciosos propósitos.

La vieja casona de la calle Sarandí, a quien se le atribuía nada menos que el haber pertenecido a la familia de Rodó, fue el eco y testigo de los comienzos de esta experiencia, a la que el Dr. Grompone le dedicó su inteligencia poderosa, su pertinaz entusiasmo y su dedicación.

Los que participamos en ella como profesores fundadores no podremos olvidar nunca su presencia dinámica que apreciábamos desde que subía con paso ágil las escaleras, clavando su profunda mirada a su alrededor.

Y ya desde el patio, hablando con unos y otros, informando, interesándose, o simplemente comentando algún episodio del día, iniciaba esa delicada labor de un director, que consiste en dar cohesión a un grupo de profesores, que debe acompañarle en la compleja marcha del establecimiento.

Aquel espíritu abierto no establecía barreras; de modo que, un poco por las carencias del local y mucho por su modalidad, los profesores nos encontrábamos a menudo en el amplio salón de la administración, y así recuerdo, diferenciándose de cierta inquietud de algunos profesores del Departamento de Italiano, la figura apacible del profesor Zannier.

Han corrido treinta años desde entonces, años dedicados por Zannier a la docencia y a la investigación, y obligada a resumir, trataré de presentar, aunque sea imperfectamente, su larga trayectoria en estos campos, en el momento en que la Academia Nacional de Letras tiene la honra de incorporarlo como miembro de número.

El profesor Zannier se doctoró en Letras Clásicas en la Universidad de Padua, en el año 1946, lo que complementó con cursos de postgrado en la misma Universidad, profundizando sus conocimientos de Lingüística Romance.

Con su bagaje cultural y científico llegó a Montevideo, donde desde hace largos años se ha desempeñado y se desempeña como Profesor Catedrático en las Facultades de Derecho y Humanidades y Ciencias y en el INADO N°2, originalmente Instituto de Profesores “Artigas”, establecimientos en los que ha dictado Italiano, Latín y Evolución de la Lengua Española.

Simultáneamente con sus cargos oficiales, ejerció su docencia en instituciones italianas, algunas afincadas de antigua en el país y todas con gran prestigio y arraigo no solo en la colonia italiana sino también en el ambiente general, dada su labor generosa de aporte e intercambio entre ambos países: Uruguay e Italia.

Así se ha desempeñado como profesor de la Escuela Italiana y del Instituto Italiano de Cultura de esta ciudad, asumiendo la Dirección y la Subdirección respectivamente durante lapsos prolongados.

Ha sido además durante veinte años profesor de la Sociedad “Dante Alighieri”, de la cual actualmente es Director de Cursos desde el año 1972.

Tal actividad, desarrollada en distintos ambientes le ha permitido al profesor Zannier, al mismo tiempo que mantenía vivos los entrañables lazos con su tierra natal, entrar en contacto y convivir con los ambientes estudiantiles, así como con amplias capas de nuestra población interesadas en la cultura italiana.

Desde muy temprano inicia sus publicaciones sobre lingüística romance, principalmente en las revistas del IPA y de la Facultad de Humanidades, en una labor sistemática, ininterrumpida, que abarca desde el año 1955 hasta 1981, es decir, casi treinta años, sin contar con que tiene varios ensayos en prensa o inéditos.

No cabe en este momento enumerarlos uno a uno; basta decir que constituyen una nómina de trabajos publicados a lo sumo año a año o cada dos años, que jalonan este largo período.

En el año 1957 publica, en colaboración con el profesor Ziglio, dos textos que se intitulan: "Italiano, gramática y antología".

La elaboración de un texto es una prueba de fuego para un profesor, pues no solo es información sobre conocimientos sino de adecuación a los fines, a la capacidad del alumno, al medio de donde procede; en fin, en él deben conjugarse su información y su capacidad docente.

El texto arriba mencionado tiene la virtud de ser claro y en él se registran las variantes de los distintos elementos gramaticales, cotejándolos paralelamente con el español, con lo que el aprendizaje del italiano se realiza con el ejercicio continuado del razonamiento logrado a través de la comparación. En cuanto a la antología que le sigue está hecha con un criterio moderno, incluyéndose en ella los más destacados autores de las últimas décadas.

Sus inquietudes sobre pedagogía general se manifiestan con informes sobre la organización de la enseñanza en Italia y con la noticia de un ensayo muy interesante que se efectúa en varios países de la Comunidad Económica Europea, con las escuelas llamadas "inegradas", creadas en principio para los hijos de los funcionarios pertenecientes al aparato administrativo trasladados a los distintos países que la integran, por lo cual aquellos deben continuar los estudios en un ambiente que les es ajeno. Esas escuelas son un ejemplo de integración intereuropea en el plano cultural.

En cuanto a la lingüística romance, aparte de varios estudios históricos sobre el italiano y el latín, desarrolla durante tres años en sucesivas publicaciones, las características de la evolución y estructura de las lenguas indoeuropeas, con sendos artículos dedicados al italiano, al

friulano, al provenzal, al español, al catalán y al gallego-portugués.

El profesor Zannier ha encarado, además, un aspecto que consiste en el estudio de la “Influencia del italiano sobre la lengua escrita del Río de la Plata”, desarrollado en tres períodos que abarcan dicha lengua desde el año 1810 hasta el año 1968, lo que implica la exploración de un copiosísimo material, y cuya importancia no es necesario destacar.

No se agotan con esta reseña los trabajos de este profesor; mas ella alcanza para aquilatar sus méritos ganados en esta larga permanencia entre nosotros.

En reconocimiento a los mismos en su patria, con la que ha guardado sus naturales vínculos reflejados en muchos de sus trabajos, es miembro de la Academia de Letras, Ciencias y Artes de la ciudad de Udine y asimismo de la Sociedad Filológica Friulana.

Es también socio benemérito de la Sociedad “Dante Alighieri” de Roma y miembro del Comité de Honor del Centro Italiano de Estudios extranjeros.

Tantos honores no han alterado su manera de ser abierta y tolerante con la que se ha conquistado el aprecio de sus colegas y el de sus alumnos, con quienes, aun en épocas difíciles, ha sabido mantener una ecuanimidad que todos le reconocen.

Mucho debemos a ese país maravilloso que casi en los albores de nuestra vida envió sus oleadas de agricultores que ahí, donde se afincaron, hicieron florecer, como nunca se había hecho, los frutos de la tierra; de artesanos, que nos brindaron su vieja sabiduría en todos los oficios.

Y así como enriquecieron nuestra alimentación con platos sustanciosos, incorporados a ella mucho antes de que sus nombres trascendieran al diccionario, así también hemos recibido generosamente el alimento espiritual de sus artistas, pintores, músicos, escultores, arquitectos, profesores, cuya influencia bienhechora no hacemos más que evocar, pero cuyos testimonios podemos apreciarlos a cada paso, consustanciados con nuestro ser nacional profundo.

A esa falange pertenece el profesor Zannier, quien hace ya mucho tiempo tiene aquí su segunda patria.

Y así lo recibimos fraternalmente y con honra en este acto, como miembro de número de nuestra Academia Nacional de Letras.

Montevideo, 21 de junio de 1984